

# LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico [sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx](mailto:sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx)  
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 222

## EL DESCUBRIMIENTO DE LO INEXPRESABLE

Aníbal Ponce  
1898-1938

*Aníbal Ponce (nació en Buenos Aires, Argentina, el 6 de junio; murió en la ciudad de Morelia, Mich., el 18 de mayo a consecuencia de un accidente automovilístico) fue profesor y rector de la Universidad de Morelia. Su obra **Educación y lucha de clases**, libro que resume el curso dictado por él en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires en 1934, es ya un clásico de la historia de la educación. El texto que aquí se ofrece plantea algunos aspectos de la situación dramática del niño que va avanzando hacia la adolescencia.*

Hay en el museo de Louvre un retrato delicioso de Chardin que representa a un niño jugando con un trompo. Hace un instante que ha vuelto de la escuela. Sobre la mesa, en la que apoya sus dos manos, acaba de arrojar el libro que traía bajo el brazo. La linda carita, más graciosa aún por el contraste entre el rostro pueril y la peluca empolvada, tiene la expresión a la vez dichosa y grave como si el trompo que gira bajo sus ojos hubiera bastado para procurarle una felicidad sin bullicio.

No muy lejos de allí, en la amplia perspectiva de la gran Galería, un retrato de un joven, atribuido durante mucho tiempo a Rafael, nos transporta a través de las edades a otra latitud y a otro clima. Este adolescente de mirada triste ha buscado en la Naturaleza un eco simpático a su pena. La suavidad de la luz que lo envuelve no desentona con su melancolía, y hasta una cierta molicie en el dibujo parece destinada a subrayar de intento el brillo semiapagado de los ojos, la ligera contracción del ceño, el desfallecimiento general de la expresión.

Si fuera posible obtener en síntesis animadas el perfil del niño y el del adolescente, ahí la tendríamos delante de los ojos en los dos cuadros magistrales de Chardin y Rafael.

El panorama mental de un chiquillo de diez años aparece de veras en aquel niño de Chardin. Su mundo estrecho, limitado, preciso, está allí al alcance de la mano. El niño conoce las fronteras, ha recorrido sus caminos, le son familiares sus accidentes. Saben ustedes que la curva del egocentrismo, que alcanza a los siete años su nivel más alto, desciende casi hasta la horizontal alrededor de los once años. Bien instalado en la vida, capaz de pensamiento reflexivo, socializados en gran parte su conducta y su espíritu, el niño vive durante la puericia la relativa quietud que le asegura su personalidad equilibrada. El mundo de la fabulación, en el cual vivía realizando sus deseos, ha quedado muy atrás. Lejos también la profunda anarquía interior que le permitía afirmar sobre una misma cosa opiniones que se excluyen. Más coherente en su mentalidad, menos confiado en sus deseos, el niño de once años se mantiene seguro de sí mismo porque no le exige a la vida nada más que lo actual y lo próximo.



Abril 25 de 2006

**Academia de Humanidades FES-Acatlán**

¡Qué diferencia, en cambio, con la profunda desolación de nuestro adolescente! A la serenidad y a la confianza han sucedido la inquietud y el desconcierto. Ya no le sirven para nada las respuestas de la infancia al problema del mundo y de la conducta. Una transformación total, un vuelco para él inexplicable, amenaza con mover los fundamentos mismos de la personalidad. Signos misteriosos aparecen en las cosas; los rostros más familiares presentan una expresión inesperada, y en medio de la turbación de tal viraje, cuando hasta el mismo suelo parece huir bajo los pies, fuerza le es todavía responder a nuevas solicitudes y a nuevas exigencias.

El adolescente se desprende del niño en el momento mismo en que se inicia ese drama. Quien no lo haya sentido conservará a lo largo de su vida el mismo puerilismo mental de los once años; quien no lo haya resuelto, arrastrará también, y para siempre, la secreta angustia de un conflicto en latencia. No se alcanzarán, en efecto, los años venturosos del final de la adolescencia sino a costa de una larga iniciación dolorosísima. Como aquellos navíos del cuento de Kipling que sólo adquieren un alma después de haber vencido una tormenta.

\*

El fenómeno que sirve de entrada a la adolescencia, y que veníamos buscando desde el comienzo de este capítulo, está ahí en su desnudez total. Después de haber vivido muchos años en el diario contacto con las gentes, el niño descubre que la solidaridad social no pasa más allá de la superficie: lo mejor de sí mismo, lo que constituye su propiedad más segura, debe quedar siempre escondido porque no hay lenguaje humano que lo exprese. La cenestesia, hasta entonces ignorada, se le aparece ahora como un problema a resolver, como un enigma a develar. Indicios muy variados nos denuncian hasta dónde llega a conmovérle ese problema, y el observador atento podría señalar en tal aptitud o en tal palabra la fecha casi exacta en que lo inexpresable se revela. El diario íntimo que Pierre Loti escribió siendo adolescente cuenta cómo una tarde de tormenta, al entrar a un bosque que le era familiar, sintió por vez primera, con vigor inacostumbrado, un sentimiento que le llegó a lo hondo, y que le ocurrió desde entonces llamar *élmico* con una palabra que él mismo había inventado. ¿Qué quería significar ese extraño neologismo? Pierre Loti no sabía decirlo; no lo supo jamás con claridad; pero al sentimiento por vez primera saboreado debía corresponder también la frescura de una palabra recién creada. “Aquella palabra —añadía más tarde— me fue tal vez dictada en sueños por algún fantasma, y era para mí la única que podía designar ese yo no sé qué de inexpresable que se ocultaba por las tardes en el fondo de los bosques de la Limouse.” Aquella impresión desconcertante no provenía, sin embargo, de la decoración sombría que aparentemente la inspiraba. A otra edad, y en otros bosques, Loti confesaba no haber sentido jamás una emoción parecida. Y añadía estas palabras, en las que está quizá todo el secreto: “En aquel rincón del bosque encantado me parecía que yo había penetrado como un intruso en un santuario; que yo había violado el misterio de alguna fiesta de la Naturaleza, y tuve de pronto un gran miedo de estar solo. Pero ese miedo era delicioso.”

Un gran miedo y, a la vez, una gran dicha de estar solo: ¿cómo podría definirse con mejores palabras la situación dramática del niño que va avanzando turbado hacia la adolescencia?

Fuente: Aníbal Ponce, *Psicología de la adolescencia*, Pról. de Raúl Cordero Amador, Limusa, México, 1992. pp. 1-15.

## PROFESOR, RECUERDA:

*“Llamo escuela, que perfectamente responde a su fin, a la que es un verdadero taller de hombres; es decir, aquella en que se bañan las inteligencias de los discípulos con los resplandores de la Sabiduría para poder discurrir prontamente por todo lo manifiesto y oculto”*

Juan Amós Comenio, *Didáctica magna*